

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

SUSCRIPCION

Madrid 1 de Marzo de 1894.

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

AÑO II.

TRIMESTRE

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR

NÚM. 33.

España..... 1,50 pesetas.
Ultramar..... 3,75 —

OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10, MADRID

1.º El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre.
2.º Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo por el que se hagan los abonos.
3.º Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se reciba el aviso.
4.º Importancísima. La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario.

Entrevista con el General Loño

Lo que debía haber pasado sin entorpecimiento, como una de tantas disposiciones de la Junta directiva del Montepío, háse convertido, gracias á la obra de topo de cuatro desventurados, en materia de enojosa pero indiscutible discusión.

Y ya que nosotros nos hemos propuesto velar por los intereses de los individuos del Benemérito Cuerpo, sólo para su tranquilidad dedicamos todas nuestras atenciones á este asunto, que con aviesa intención alguien ha interpretado torcidamente.

Teniendo ea cuenta que el exsecretario de la Dirección señor General Loño, ha sido feliz colaborador en la obra meritísima del General Palacio y que sus opiniones han de tener para los suscriptores el sello de una gran autoridad, á su casa nos dirigimos confiados en su exquisita amabilidad, y teniendo en cuenta que su actual situación no había de ponerle trabas para exponer con toda amplitud su criterio.

—¿Ha visto usted, mi General—preguntámosle,—la marejada producida por la circular del Montepío?

—Sí, estoy enterado por los artículos de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL; y aunque lo he lamentado profundamente, puedo asegurar á usted que no me ha quitado el sueño.

¿A dónde iríamos á parar si al hombre honrado, el que por serlo renuncia á todas las ventajas que da el no serlo, se le quita la tranquilidad de su conciencia, privándole de la satisfacción y ¿por qué no decirlo? del orgullo de llamarse honrado? Si las privaciones á que le obligan su honradez en lo modesto de su posición, no estuvieran compensadas con algo que halaga y satisface dentro de los sentimientos más nobles y levantados, quitele usted eso, y todas las ventajas estarían de parte del que triunfa, goza y derrocha á costa de su conciencia y del desprecio de la pública opinión.

Yo, lo confieso, fui el autor de ese atentado que, según dicen, ha derrumbado y deshecho el Montepío de la Guardia Civil, á tanta costa y con tantos desvelos levantado por el digno General Palacio, y de manera que eso sólo podía ser sobrado motivo de eterna gratitud por parte de la Guardia Civil.

—¿Presidió usted la Junta en la que se aprobó la circular de referencia?

—Sí, señor; yo la reuní y la presidí tres días antes de mi salida de la Dirección; yo fui ese Juan Palomo que dice el periódico; sino que, en vez de llamarme así, debieran decirme Juan el Tonto, porque, en lugar de hacer el guiso para comérmelo yo, lo hacía para que otros se lo comieran.

Con motivo de haberse considerado con derecho á pensión, creo que según el Reglamento no la tenía, y de haber hecho indicaciones de acudir á los Tribunales como pobre, pensamos en que podía ser, si no la muerte, un motivo de grandes gastos y considerables bajas para el Montepío, el sostenimiento de pleitos; por esas razones, de ello hablé con el General Palacio, y, conforme con mis temores, convino en la conveniencia de que los socios renunciaran á reclamar ante los Tribunales, por negativas de esa índole, ó para que dilucidaran la interpretación del Reglamento, sin que por ello se entendiera que habían de conformarse con la solución del Negociado, dándoles derechos á acudir á la Junta directiva y apelar después á la general, pudiendo en ellas designar persona que les representara y sostuviera sus derechos. ¿En dónde está aquí la renuncia al derecho de reclamar? Todo estaba reducido á la sustitución de un tribunal por otro, con solo la diferencia de que, mientras el uno podía ser costosísimo, el otro administraba justicia gratis. ¿Quién puede tachar, ni á la Junta directiva ni menos á la general que la componen disidentes personas, de parcial en este asunto? ¿Es posible pensar que por la mezquina é interesante ventaja que una pensión había de dar á la colectividad, se condenara injusta y arbitrariamente á la miseria á toda una familia? No, seguramente; que la Junta, en casos dudosos, había de inclinarse en favor del individuo.

Acordado esto, y próximo yo á dejar el puesto que desempeñaba, es casi seguro que no me hubiera ocupado de ese asunto, dejándolo á mi digno sucesor. Pero llegó á mis oídos que alguno de esos seres desgraciados, á quienes hay que tener lástima; alguno de esos que no comprenden que puedan manejarse intereses ajenos sin que quede algo entre las manos; algunos de esos que se pasan la vida pensando cómo se podría inventar un medio de lucro ilegal, burlando la acción del Código, se había permitido preguntar, en son medio de broma, medio serio, si con ese millón y medio de pesetas nominales que poseía el Montepío, no se hacía algún negocio; si ese papel no se sacaba del Banco ó se empleaba para especulaciones, etc., etc.; y entonces, sabiendo yo que estaba resuelto mi ascenso y hasta

que se había consultado al digno General La Portilla si aceptaba el puesto que yo dejaba vacante, entonces quise reunir la Junta para proponerle lo que estaba acordado, pero más principalmente para que viera y examinara la marcha satisfactoria del Montepío y hacer ver la legalidad con que se habían manejado esos fondos, para que en todas partes y en todos tiempos pudiesen destruir cualquier especie malévolá que quisieran propalar.

Expuse, pues, á la Junta, las razones y los fundamentos de las reformas que se querían hacer, presentándole algunos ejemplos prácticos y recientes, y por unanimidad convinieron en sus ventajas, y ya reunidos expuse también la marcha satisfactoria de la Asociación, de lo cual se manifestaron completamente complacidos.

Recuerdo que á los pocos días, y ya cuando iba á dejar mi puesto, el Jefe del Negociado me trajo la minuta del sueldo que había de ponerse en el *Resumen*, dando cuenta del acuerdo de la Junta; me la leyó, le indiqué algunas pequeñas modificaciones, y y esta fué mi última intervención en el asunto.

Pero lejos, muy lejos estaba de mi el pensar que pudiera nadie creer, ni menos decir que se pensara en distribuirse amigablemente entre unos cuantos el capital de la Sociedad, escudados en que los socios no podían acudir á los tribunales; como si eso no constituyera un delito que estos tienen el deber de perseguir y castigar. Además, que tenemos ejemplos tan patentes como los de la *Mutua del Ejército* y el *Montepío de ferrocarriles*, que, teniendo la misma prescripción, nadie ha reclamado en contra.

—También han tratado de imputar á la Junta que jugaba á la Bolsa con los fondos del Montepío.

—¿También ese asidero?... ¿Qué entenderán esos señores por jugar á la Bolsa? Juega á la Bolsa el especulador que compra á plazo, con la esperanza de que los fondos suban y poder vender antes de su terminación á mayor precio; ó el que vende en descubierto á fin de mes, esperando una baja para comprarlo más barato; pero el que compra papel del Estado y lo deposita para cobrar su renta, ese no juega, ese es rentista; no está sujeto á las oscilaciones de los cambios, porque el comprador de la Deuda no compra un capital, lo que compra es una renta, y esa no varía, es fija.

Y ¿en qué otra cosa se quería emplear el capital? ¿Pretenderían que se empleara en especulaciones de préstamo ó de otros negocios ó industrias? Pues aparte de las quiebras que esto puede tener, entonces si que la maledicencia podía cebarse en la mayor habilidad y tino de la elección del negocio, en la legalidad de las pérdidas ó ganancias.

Yo desafío á que haya una sola Sociedad en el mundo que pueda hacer lo que el Montepío: devolver su dinero con rédito á todos los acreedores en veinticuatro horas. Pues á una Sociedad que hace eso es á la que se quiere decir que está en quiebra. No he de pasar sin protesta el que sin enterarse, sin aducir razones ni datos, de una manera malévolá, rehuyendo la responsabilidad que por calumnia pudiera haber, se hagan preguntas, se viertan insinuaciones que den lugar á dudas y sospechas.

¿Quiere saberse lo que hay? En buen hora. Ahí está el periódico oficial que publica todas las operaciones; ahí están todos los documentos, cuyo examen no ha de negar el digno Director del Instituto. Véase si las cantidades que se cargan son ó no las mismas que han remitido las Comandancias; véase si las compras de papel están ó no hechas por medio de agentes; véase si el precio de compra confronta con la cotización oficial que se acompaña del día; véase si en el acto se ha depositado ó no en el Banco, y véase, en fin, si sobre ese papel se ha tomado dinero, si se ha sacado del Banco, ó si ha estado siempre en depósito; y entonces, con los datos á la vista, fórmlese cargo concreto; pero no se trate de destruir una obra benéfica para tanto infeliz que no tiene otra cosa que legar á sus hijos, ni se procure sembrar el temor y la desconfianza.

Me estoy figurando una triste noche de invierno: la obscuridad reina por todas partes, el viento y la nieve azotan el rostro de una pareja de la Guardia Civil que marcha á prestar su servicio, en el que arriesga su vida.

Uno de ellos, indiferente á las murmuraciones, ha seguido siendo socio del Montepío; el otro, más desconfiado, dejó de serlo; ambos marchan silenciosos, pensando en el riesgo que van á correr y acordándose del porvenir de sus mujeres y sus hijos; el uno se acuerda del Montepío, y piensa que se salvarán de la miseria; el otro encuentra poco obscura y poco lóbrega la noche, comparada con el porvenir que aguarda á seres tan queridos.

Y si ambos sucumbieran, mientras que una viuda, al recibir su pensión y ayudarse en su trabajo, veía satisfechas las necesidades de sus hijos, y decía: «¡Bendito el Montepío! ¡Bendito el General que lo creó!» la otra, sola, desvalida, sin amparo, sin poder satisfacer con su trabajo el hambre de sus hijos, diría, con resignación cristiana: «¡Perdón para los malos pensamientos ó las malas intenciones que me trajeron á este estado!»

Así, palabras más ó menos, habló el ilustrado General Loño; y al despedirnos afectuosamente, después de darle las gracias por sus atenciones, dijimosle con todo el alma:

—El General Palacio y todos los que han contribuido á la creación y prosperidad del Montepío, sólo gratitud acendrada y aplausos nutridísimos merecen; y en cuanto á usted, mi General, tenga la satisfacción de que entre los buenos, sólo cariños, respetos y adhesiones deja.

Lo que se dice

Derrumbamiento del Montepío.

El Ayuntamiento de la provincia de Badajoz ha hecho el voluntario donativo de mil pesetas á la Sociedad.

El señor Gobernador civil de Albacete, imitando la conducta nobilísima del Sr. Laá en Cádiz, cede también, con igual objeto, otras 250 pesetas, parte del producto de la venta de armas recogidas.

Y, por último, un vecino de Adra (Almería), cuyo nombre sentimos no conocer, ha cedido otras 250 pesetas espontánea y generosamente al Montepío... ¡Vamos derrumbándonos!

X

El señor General Palacio puede estar satisfecho del pensamiento, con tanto entusiasmo seguido, de establecer en Getafe un depósito de reería y doma caballar.

Los potros han resultado magníficos caballos, según pudieron apreciar los inteligentes y profanos en la visita girada al Establecimiento por los señores Generales Director y Secretario el día 24 último, en unión del Coronel del 14.º Tercio y varios señores Oficiales que fueron con objeto de elegir montura.

Mucho han contribuido á este resultado la inteligencia y celo desplegados por la brillante oficialidad del Depósito, á quien felicitamos calurosamente.

En breves años se verá cambiada completamente, y en sentido favorable, la Caballería, sin aquellos famosos expedientes de compra... y demás menudos gastos.

Algo es algo.

X

Se nos dice por algún suscriptor que en varias Comandancias se ordena á sus individuos ir á la capital para firmar la fórmula últimamente acordada por la Junta directiva.

Como el asunto es importante, hemos procurado enterarnos, y podemos anticipar á nuestros lectores que no es este el deseo del General Presidente, sino que los señores Jefes y Oficiales, en el curso de sus revistas reglamentarias, recojan esas firmas á los adheridos, sin perjuicio para nadie entonces.

X

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de lo que, bajo el título de *Consejo desinteresado*, publicamos en la *Sección de Ultramar*.

X

No podemos menos de alabar la conducta y esplendidez del comerciante de Barcelona D. Jenaro Castell, el cual, habiéndole sido encargado por el Coronel del primer Tercio, D. Enrique Suárez Fraxas, nueve cruces rojas con que han sido recompensados los individuos del Cuerpo residentes en Melilla, ha renunciado generosamente á percibir su importe, congratulándose de que dichas condecoraciones las usen los individuos en su nombre, por el mucho aprecio que profesa al Cuerpo.

X

Ratificando la comunicación laudatoria que el General Macías dirigió á la Dirección de la Guardia Civil dando las gracias por el comportamiento en Melilla de la fuerza del 14.º Tercio, sabemos que se ha expedido por el Ministerio de la Guerra una Real orden concebida en los mismos términos encomiásticos que inspiraron el escrito del actual General en Jefe de las fuerzas en Melilla.

Felicitemos nuevamente á los bravos Guardias que fueron á Melilla, y á sus Oficiales los señores Capitán Rivera y tenientes Morales y Plá.

X

Las 2.876 denuncias á que nos referíamos en nuestro número anterior, son sólo correspondientes á muy escaso número de Comandancias.

A juzgar por esta cifra parcial, asciende á una cantidad enorme la suma que la Hacienda adeuda á la Guardia Civil por las denuncias verificadas.

Volveremos detenidamente sobre el asunto.

Permutas

Leandro González Moro, Guardia segundo de la Comandancia de Madrid, puesto de Rascacria, desea permutar para Salamanca, Avila, Valladolid ó Zamora.

MONTEPIO

CUENTAS DEL MES DE FEBRERO

La preferente atención que consagramos á cuantos asuntos se relacionan con el Montepío, por el vital interés que para todos tiene esta Sociedad, nos mueve á publicar el balance de fondos del mes de Febrero, para que se vea de una manera palpable lo absurdos que son ciertos rumores, propalados con más intención que éxito, y lo destituidas de fundamento que están las afirmaciones de aquellos que, sin conocimiento de la verdad, hacen cundir especies que los números se encargan de rebatir.

Figuran en las cuentas del mes de Febrero, *cuarenta y ocho mil novecientos cuarenta pesetas con veinticinco céntimos*, por cuotas de señores Generales, Jefes y Oficiales é individuos de tropa, habiendo de estos últimos la cifra de *doce mil seiscientos cuarenta y tres*, que, unidos á los muchos que en estos días se apresuran á solicitar su admisión como socios voluntarios, componen la casi totalidad de los pertenecientes al Cuerpo.

A esta no despreciable suma de cuotas hay que añadir *once mil seiscientos cincuenta pesetas cincuenta y seis céntimos*, recaudadas de donativos particulares, cesiones de lo correspondiente á denuncias de caza y pesca, cuotas anticipadas y otros conceptos, que son ingresos constantes algunos de ellos, y cada vez mayores desde la constitución de la Sociedad.

Suman las cantidades indicadas *sesenta mil doscientas noventa pesetas, ochenta céntimos*, y las deducciones *ciento sesenta y cuatro pesetas, ochenta y ocho céntimos*, correspondiendo á pensiones satisfechas, timbres móviles y gastos de papel del 6.º Negociado. Añadiendo á la suma antes mencionada la existencia del mes de Enero, asciende el capital social en fin de Febrero á *un millón ciento veintiséis mil seiscientos ochenta y cuatro pesetas con cuarenta y dos céntimos*, reunidas en diez meses de vida que cuenta el Montepío.

Existen aún Comandancias que han de enviar importantes sumas de donativos hechos recientemente, y otras que tienen anunciadas las cantidades que han logrado les entreguen los señores Gobernadores civiles como producto de la venta de armas inútiles recogidas por la fuerza del Cuerpo.

Quedan expuestos los mejores argumentos que pueden emplearse para destruir los rumores de que hablamos al principio de esta cuenta.

La cifra de socios demuestra el convencimiento que ya tienen todos de lo beneficioso que es acogerse á los derechos que otorga el Reglamento; las cantidades anotadas el próspero estado de la Sociedad, y por fin, el examen de gastos del Negociado (*¡treinta y dos pesetas!*), el interés con que por el mismo se mira y el amor con que se administran los fondos que han de ser mañana el sostén de nuestros veteranos.

Donativos importantes.

El Ayuntamiento de Madroñeras (Cáceres), ha remitido *mil pesetas*.

La Compañía del ferrocarril de Galdames, *dos mil quinientas pesetas*.

La Comandancia de Cádiz, por venta de armas, *doscientas noventa pesetas*.

La de Salamanca, por el mismo concepto, *doscientas pesetas*.

La de Albacete, *trescientas pesetas* por lo mismo.

Altas y bajas.

Hasta el 27 del actual no ha tenido el 6.º Negociado *noticia de baja alguna de individuos socios del Montepío*, continuando las peticiones de ingreso, que en estos últimos días son de cinco á seis por término medio.

Pues ¿y esos 5.000 suscriptores que se iban á dar de baja, según *El Ejército Español*? Serán 5.000 menos tres ceros; un pequeño error de imprenta.

Aún no es tarde, puede que diga el colega. Esperemos.

Cómo piensan los Guardias.

«Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

«Muy señor mío: No soy de los que más se alarmaron con la publicación del acta ruidosa en *El Resumen* de 1.º del actual, porque desde muy joven vengo siendo tan optimista, que no creo ni puedo figurarme haya quien nada malo espere de los caballeros; pero, no obstante, las explicaciones dadas por el hombre á quien le sobran garantías, insertas en suplemento del día 14, que es sinónima de «alto el fuego», causaron tal consternación en mi ánimo, que me obligó á postrarme estático ante la figura de aquel Sér que, á manera de enviado providencial, vino á redimirnos de la orfandad y de la miseria. ¡Quién dudará de la nobleza de corazón, belleza de sentimientos y talento poco común que ha demostrado al sufrir con tanta resignación y paciencia lo que, si no es, pudo haberse tomado muy bien por

ofensa y ultraje, capaz de producir la ruina de un suntuoso edificio?

«Al testimonio, pues, de todos mis compañeros, a quienes envío cordial saludo, acudo presuroso y humilde para que, meditando y seriamente discutiendo, vean si es digno de desagravio, en la seguridad completa de que ni uno solo dejará de dar su bien cumplida satisfacción, por más que no sea susceptible de duda alguna de que de él no se apoderó el menor resentimiento hacia nosotros, porque supo ser fiel intérprete de nuestros deseos y tuvo suficiente perspicacia para descubrir al instante la causa y origen del incidente, cuya enunciaci6n no me corresponde, aunque nos disculpa y justifica.

«Con este motivo, después de autorizarle para que en tan mal pergeñadas líneas introduzca las variantes que juzgue necesarias, tiene el mayor gusto en reiterarse su más afectuosos. s. q. b. s. m., ANTONIO RODRIGUEZ GONZALEZ.

«Almádoz, 18 Febrero 1894.»

Después de todos estos antecedentes, no cabe duda que el Montepío desaparecerá... antes del día del Juicio.

Y conste que lo sentimos por las almas piadosas que, piadosamente, han hecho ver a los Guardias el riesgo que corrían.

LA BENEMERITA contra CENCERRITA

Un encuentro sangriento.—La Guardia herida.

La persecuci6n combinada de la Guardia Civil de Sevilla y Cádiz viene acosando de tal modo a la partida acudillada por el célebre bandido Cencerrita, que, internada en la sierra y sin medios de vida, ha quedado reducidos no más que a unos cuantos fugitivos.

El día 24, tres Guardias, mandados por el de segunda clase, Manuel Jiménez Colmo, estuvieron dando una batida por el término de Mor6n, sin que obtuvieran noticia alguna de los bandidos.

Al anochecer la Benemérita llegó al cortijo de Higuer6n, en donde estaba el Cencerrita con los suyos. Apercibidos los criminales, tuvieron tiempo de guarecerse en un encañal próximo.

Llegaron hasta allí los tres Guardias, fueron recibidos por una descarga y entablóse de una y otra parte encarnizada lucha, en la que los Guardias llevaron la peor parte por la inferioridad del número y las ventajas de su posici6n a pecho descubierto, frente a los bandidos perapetados.

Los meritosísimos Guardias batieronse con arrojo, con verdadera furia, ganando terreno a los criminales, recibiendo el Guardia Jiménez una perdigonada en la pierna izquierda y una bala que le atravesó la mochila, hiriéndole en el hombro al esquivar un disparo del Cencerrita.

Los últimos telegramas que hemos leído aseguran que el bravo Jiménez luchó cuerpo a cuerpo con el Cencerrita, el cual, no pudiéndose defender por más tiempo, huyó con los suyos, y dícese que herido, a juzgar por el rastro de sangre encontrado.

El Guardia Jiménez ha realizado un verdadero hecho extraordinario, y esperamos que la recompensa no le será regateada.

Como se ve, los continuos trabajos practicados en todo el 4.º Tercio del Instituto para extirpar a los citados bandidos, trabajos dirigidos por el Subinspector D. José Medina y secundados admirablemente por los primeros Jefes de Cádiz y Sevilla, D. José Gay y D. Antonio Pastor, provincias donde se desarrollan los hechos, están dando un satisfactorio resultado, como siempre que de la Benemérita se trata.

Si los criminales han podido escapar esta vez, favorecidos por la obscuridad de la noche, esperamos que no pase mucho tiempo sin dar cuenta de su captura.

Captura importante.

El celoso Teniente, Jefe de la línea de Cádiz, don Joaquín Rodríguez Delgado, acompañado del Cabo José Ojeda Romero y Guardias Gregorio Dabonza López, Francisco Bellido Rubio y Manuel Cejudo, acaban de prestar un señaladísimo servicio, capturando al criminal y desertor de presidio José Baena (s). El Tuerto, sujeto muy conocido por sus fechorías en toda Andalucía la baja.

Entre sus hechos criminales aparece el repugnante cometido en Octubre último, dando muerte a doña Ana Cintraño Navarro y robándole 25.000 pesetas, y desde cuya fecha estaba oculto en Gibraltar, hasta que la fuerza de la benemérita, que todo lo escudriña, se ha cuidado de ponerlo a disposici6n de los Tribunales, devolviendo con esta captura la tranquilidad a aquellas provincias, asustadas por los horribles hechos del salvaje Baena, con el que también en varias ocasiones la Guardia Civil había tenido refriegas.

Todos los individuos que figuran en este servicio dignos son de mención; pero muy singularmente llamamos la atenci6n del Oficial Sr. Rodríguez por los innumerables que a diario practica, y de verdadera importancia, y del benemérito Cabo Ojeda, que tan brillantemente se portó en la captura y muerte del tristemente célebre bandido El Pitero.

Si tratar pensáramos de dar cuenta a nuestros lectores de todos los servicios prestados por la Guardia Civil en la semana última, sin exageraci6n necesitaríamos las columnas todas de nuestro semanario, y por ser imposible esto, consignamos sólo los dos que anteceden, y terminamos esta Sección manifestando que la fuerza de Berrueteo (Zaragoza) ha capturado a dos muchachos de doce y catorce

años de edad, que el día 18 del actual asesinaron a Bernardo Ballestín, joven también de menor edad; que el Cabo Joaquín Viler y Guardias Manuel Hosta y Rafael Ardebel han capturado a uno de los coautores del petardo que estalló en la casa-cuartel de Villanueva y Geltrú, cuyo hecho conocen ya nuestros lectores; que la fuerza del puesto de Fuente Guinaldo (Salamanca), ha puesto a disposici6n de los Tribunales a los autores del robo que ha poco se efectuó en la iglesia del pueblo de Navasfrías, y por último, que la benemérita en Felanitza (Baleares) ha descubierto un importante robo, con rescate de éste y captura de los autores.

Sección de Ultramar

CONSEJO DESINTERESADO

Causa pena y mueve a compasi6n la lectura de las cartas que desde Cuba nos dirijen muchos de nuestros suscriptores, lamentándose de la estrechez a que se ven reducidos con sus familias por la falta material de medios de que disponen para poder atender a sus múltiples necesidades.

Su situaci6n no puede ser efectivamente más angustiosa; pero, fuerza es decirlo, soñaron con imposibles, y el despertar había de ser tristísimo; henchidos de esperanzas cruzaron el Océano, creyendo hallar tras él la felicidad que bajo el hermoso cielo de su país jamás vislumbraron, y el desencanto no ha podido ser mayor, ni más sombría la realidad. He ahí las consecuencias de la ligereza de un momento; he ahí el fruto de la irreflexi6n: ayer pudo retroceder y evitar el mal; consumado el error, no cabe contrarrestarle, que es ya tarde para enmendar la falta.

Cierto que en la Península, efecto de su mezquino sueldo, se ve reducido el Guardia a una vida de estrechez y privaciones; pero ¿acaso en Ultramar es mayor aquél o menores las atenciones? Podrá serlo para el Guardia soltero, de ningún modo para el casado. Véase, entre otras causas, una muy principal y digna de tenerse en cuenta.

Distribuida la poblaci6n de Cuba en el campo, en él es donde precisamente están situados los puestos, cuyas casas-cuarteles, construidas a la ligera, son la mayoría de escasa capacidad y sólo pueden albergar el personal de dotaci6n, pero no sus familias. Estas, forzosamente, han de ocupar viviendas independientes, problema de difícil soluci6n en despojado, donde no existen más que las habitadas por los colonos; ¿qué hacer ante tan grave inconveniente? Recurrir a los pueblos donde se nota análoga escasez y donde el propietario, que está al tanto, se aprovecha de la ocasi6n, haciéndose pagar a peso de oro los miserables albergues de que dispone.

¿Quiébre decírsenos, después de lo expuesto, si no obstante ser mayor el sueldo de que disfruta el Guardia en Ultramar, hay posibilidad de atender con él al sostenimiento de dos casas, pues que de este número ha de menester por fuerza?

Interesados vivamente por el bien de nuestros veteranos, llamamos su atenci6n sobre lo que muy a la ligera acabamos de anotar, aconsejándoles mediten sobre la situaci6n de sus propios compañeros, que, alucinados por la idea de mejorarla, se dejaron inconscientemente arrastrar en brazos de la fantasía, forjándose ilusiones que hoy, desgraciadamente, contemplan desvanecidas. Sensible es vivir con estrechez, aun cuando sin carecer de lo indispensable, pero más sensible es, sin duda alguna, verse privado hasta de lo más esencial.

La red telefónica.

Entre los escasos medios con que cuenta la Guardia Civil de Cuba para el desempeño de su penoso cometido, figura la instalaci6n telefónica, instalaci6n iniciada por el General Salamanca, costeada con las economías del fondo de remonta, y llevada a cabo única y exclusivamente por el personal del Cuerpo, que, con una constancia a toda prueba, dió cima a tan vasta empresa en un lapso de tiempo relativamente corto.

Constituyen la red general unos 6.200 kilómetros de hilo, que ponen en comunicaci6n muy cerca de 500 aparatos, distribuidos entre las capitales de Comandancias y cabeceras de Compañías, líneas y puestos. La simple inspecci6n de estos datos nos demuestra palmariamente la importancia de tal obra, acaso la más notable entre las conocidas hasta el día, circunstancia que por sí sola debiera, halagando nuestro orgullo, instigarnos a atender con prolija atenci6n, con verdadero interés a su sostenimiento. Hay, sin embargo, un motivo más grande aún para que ese interés subsista, hay una raz6n todavía más poderosa para que se conserve, para que, lejos de decaer y extinguirse, crezca y sea mayor, si cabe, cada día; esa raz6n, ese motivo, no son otros que los excelentes resultados obtenidos hasta ahora, por la intervenci6n de tan poderoso auxiliar, en la lucha sostenida contra el bandolerismo.

Penetrado de esta verdad, convencido de la importancia de la red telefónica, el General Loño, actual Subinspector de los Tercios de la gran Antilla, dedicó, desde su elevaci6n a tan difícil cargo, todo su cuidado y atenci6n a la mejora del utilísimo servicio que aquélla presta, deficiente o más bien incompleto, quizá por efecto de la extraña dependencia a que estuvo obligado el Cuerpo antes del establecimiento de su Centro directivo. En una de nuestras Impresiones cubanas dábamos idea del alcance de la reforma acordada por el Sr. Loño, a la que tributamos los elogios que merece por su trascendencia; hoy, a juzgar por las noticias recibidas últimamente, pende la realizaci6n del proyecto, que, como es natural, altera algún tanto la exigua cifra

consignada en presupuesto para sostenimiento del servicio, de la superior aprobaci6n.

Esperamos que el señor Ministro de la Guerra, atendiendo a la necesidad de la reforma, llamada a producir inmensas ventajas, otorgará aquélla; de no hacerlo así, veremos paulatinamente desaparecer el medio de comunicaci6n más útil e importante, y del que por su extraordinario desarrollo, ya lo hemos indicado, con harto motivo puede estar orgullosa, no sólo la Guardia Civil, con cuyos fondos se ha sufragado y a cuyo celo, actividad y trabajo se debe, sino el Ejército y la naci6n toda.

DISPOSICION IMPORTANTE

Sexta secci6n.—Excmo. Sr.: En vista de lo expuesto por el Director general de la Guardia Civil acerca de los desproporcionados perjuicios que causa a la tropa de dicho Instituto la estricta aplicaci6n de lo dispuesto en el art. 728 del Código de Justicia militar, una vez que, exigiendo el servicio que aquella presta, se consideren como faltas leves detalles en el modo de cumplimentarlo, que en otro caso pasarían inadvertidos, se estampan en las filiaciones correctivos por reincidencia que privan a los interesados de adelantos en su carrera y del percibo de los premios de reenganche; el Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del Reino, apreciando la justicia de las consideraciones expuestas, se ha servido disponer que para los efectos del referido artículo del Código en el Instituto de la Guardia Civil, se consideren únicamente como faltas leves, cuya reincidencia debe anotarse en las filiaciones de los Guardias, aquellas que se hubieren corregido con un mes de arresto.

De Real orden lo digo a V. E. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 8 de Febrero de 1894.—LÓPEZ DOMÍNGUEZ.

Esta Real orden que transcribimos de la Colecci6n Legislativa, tiene para los Guardias excepcional importancia.

Ha sido preocupaci6n constante y fundada la facilidad con que en las filiaciones se estampan notas por reincidencia en insignificantes faltas, a las que en largos años de servicio es muy difícil sustraerse.

La legislaci6n no había precavido hasta ahora el perjuicio que se irrogaba a individuos probos, cumplidores de su deber, que por cualquier inadvertencia manchaban su historial con una nota que les acarrea sensibles perjuicios.

La Real orden de referencia era una necesidad sentida en el Instituto; nosotros la dedicamos merecidos aplausos, enviando su buena parte de ellos al celoso y digno Jefe del Negociado de Justicia, señor Coronel Moreno Bueno.

CUENTOS PARA «EL HERALDO»

La hija del mayordomo

El hecho pasó como uno de tantos casos fortuitos y desgraciados.

Unos caballos que se encabritan, un coche que cae por el derrumbadero, dos personas que mueren aplastadas, horriblemente mutiladas entre las piedras: un accidente, en suma.

La gente se consternó al saber la noticia, y todos se condolieron de la suerte del pobre señor que murió de muerte violenta en lo mejor de su edad, con una salud robusta, cuando la fortuna le prodigaba sus más dulces sonrisas.

El tiempo trajo el olvido, y a nadie se le pudo ocurrir que en aquello pudiera haber más intervenci6n que la mano del que todo lo puede y decreta los acontecimientos en sus inescrutables designios.

Algún tiempo después supe la verdad, toda la verdad: es una historia de desdicha.

Me la contó una mujer; y la clave está en un párrafo de una carta que lei:

«Eres más desgraciada que infame. Puedes ser honrada: aún es tiempo.»

La carta era de un padre a una hija.

En una pequeña capital de provincia había una extensa posesi6n, propiedad de un Conde. Alternaban en ella las severidades de las construcciones feudales y los caprichos frívolos del arte moderno. El torre6n almenado del viejo palacio medio escondido entre la espesura del monte de caza y el chalet vistoso y de colores chillones en medio de los cuadros de jardinería amaestrados y geométricos como en los parques ingleses.

Vivía el Conde en aquellas deleitosas soledades un par de meses del año.

En la comarca se le estimaba. No era altanero; daba siempre una peseta a los viejos que encontraba en el camino arreando su derrengado borriquito cargado de leña; empleaba muchos obreros en constantes reformas.

Le precedía siempre en sus expediciones un hombre como de unos cincuenta años, de aspecto simpático, de rostro inteligente.

Llegaba ocho días antes: arreglaba las habitaciones; hacía limpiar las cuadras; encargaba en la ciudad los comestibles necesarios. Los colonos le trataban respetuosamente, llamándole señor Manuel.

Aquel año no fué solo; le acompañaban su mujer y una hija. La muchacha era preciosa; una niña de dieciocho años, alta, airosa, con todas las inflexiones armoniosas de la curva en su cuerpo; con todos los cantos del poeta en su cara, de una blancura mate, en su pelo negro como la pena; con toda la luz del cielo en sus pupilas.

Se deslizaban los días mansamente, como el riachuelo que moría al pie de la ventana de María.

El conde hacía sus expediciones a los pueblos cercanos. Manuel, el hombre de confianza, le acompañaba muchas veces y guiaba el carruaje.

María se encontraba como en un paraíso entre tanta verdura, aspirando tanto aire puro, viviendo bajo tanto azul, y no le faltaba más que palmelear de gusto al contemplar las flores y correr alocada tras de la mariposa, como en el tiempo en que llevaba faldita corta.

El conde la hablaba siempre con familiaridad, y ella, engolfada en la conversaci6n, paseaba con él por las alamedas, charlateando y riendo con el dulce abandono de la niña inocente.

La familia de Manuel ocupaba las habitaciones del piso bajo, y el cuarto de María era uno de los que comunicaban directamente con el ancho vestíbulo.

Una noche, noche de infortunio! todo era silencio en el valle, todo respiraba paz: la casa estaba sumida en la sombra; con los grandes balcones cerrados, podía decirse que dormía entornando sus grandes párpados.

En la alameda no cantaban los pajarillos, en el interior no ladraban los perros.

Una puerta se abrió sin ruido y apareció una silueta negra, más negra que la sombra que inundaba todo.

María, arrebuñada en un pañuelo, vestida sólo por una falda ligera, andando de puntillas con temblores nerviosos en el cuerpo y angustias punzantes en el alma, empezó a subir los escalones de mármol que conducían al piso principal.

No había llegado aún al segundo tramo cuando lanzó un grito de terror al sentirse agarrada por una mano que apretaba brutalmente, al mismo tiempo que con ira sorda y reconcentrada le decían bajo, muy bajo, haciéndole sentir en el rostro un aliento de horno: «¡Miserable! ¡Miserable!...

El hombre era su padre.

El señor Manuel la bajó en sus brazos, la sentó en una silla y la miró de hito en hito con mezcla de rabia y espanto indescriptibles.

Cuando María volvió a la realidad, cuando pudo hablar, se lo contó todo llorando a sus pies, besando las manos de aquel padre honrado, anegándolas de lágrimas candentes.

Tenía amores con el conde, se habían querido los dos entre aquellas arboledas sombrías. Luego fueron rodando, rodando inconscientes...

—Acuéstate, le dijo por toda réplica el señor Manuel, aparentando serenidad, haciendo esfuerzos inauditos para tenerse en pie, y la dejó sola.

Al día siguiente el Conde bajó al jardín más temprano que de costumbre. Estaba pensativo y pálido. —Buenos días Manuel, ¿y María?—preguntó distraídamente.

—No se ha levantado, tiene jaqueca; poco cosa—contestó el mayordomo.—¿Va el señor a salir?

—Sí, daré un paseo.

—Si le parece al señor, engancharé el cabriolé, y yo mismo guiaré.

—Como quieras, Manuel.

Y cinco minutos después salieron por el camino de álamos, acariaciados por el sol tibio de la mañana, acompañados del «Sultán», que perseguía a los pajarillos de las laderas y daba saltos de alegría delante de los caballos.

Ricardo VINUESA.

El ascenso a Cabo

La muerte de los Cabos veteranos.

Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

Muy señor mío y de mi mayor consideraci6n: Con mal signo empieza el epígrafe, pero no hay ninguna clase de duda, si la medida que propone el señor Teniente D. Emilio Alvarez Gallardo, inserta en el sueto publicado en el periódico que usted tan acertadamente dirige, núm. 29, correspondiente al 1 del actual, se llevase a efecto. No hace mucho tiempo, y no recuerdo el número del periódico, proponía el autor de un sueto la entrada de los Sargentos del Ejército al Cuerpo, dándoles una vacante de cada ocho que ocurriessen de esta clase; seguramente no sería dicho autor ningún Cabo ni Guardia; no obstante, esta disposici6n sería más o menos pasajera; pero la propuesta por el referido señor Teniente D. Emilio Alvarez sí que es amarga y traería por acceso rio la muerte de los Cabos veteranos, si de cada seis vacantes se dieran dos a la antigüedad, dos a la elecci6n y dos a los Sargentos del Ejército, de lo cual resultaría que de las pocas vacantes que ocurren sólo una disfrutaría el Cabo veterano de cada tres de ellas, que llevando ya estos doce o trece años de empleo, podrían estar otros tantos aguardando su turno a que llegase; pero como quiera que los cincuenta y un años de edad se opondrían por delante el camino, adiós esperanzas, adiós porvenir de su familia, y el Cabo veterano, marchando de puerta en puerta recogiendo los trabajos, penalidades y dolores de cabeza, aglomerados en los diecinueve o veinte años de este empleo que hubiese llevado en la Guardia Civil, y que una medida err6nea le había privado de poder llegar a tan deseado empleo de Sargento; por Dios, señor Teniente, vuelva la vista a estas clases desheredadas y les ayude con todo su buen corazón para que tengan buena vejez y concluyan de hacer crecer a sus pequeños hijos. No quiero refutar su opini6n, entremos en el terreno neutral (como inscribe su

epigrafe en el referido suelto); antes de dar el bene-
ficio, estudiemos el perjuicio.

Claro está que los Cabos jóvenes nos darán cien
vueltas en el terreno teórico, por hallarse en la
edad de aprovechar sus estudios, lo que no podemos
alcanzar los veteranos con nuestras cabezas enca-
necidas y pesadas de las *resultas* hechas en la cam-
paña de la guerra civil, estando segurísimo que al
establecerse los exámenes para el ascenso a Sargen-
to, no acudiríamos el diez por ciento por darnos ya
los veteranos por vencidos; además, se sabe ya por
experiencia que los exámenes para el ascenso por
elección es la máquina de las influencias, aunque
nuestros estimados Jefes han apurado toda clase de
medios para reprocharlos; no obstante, el gran ca-
ciquismo impera en todo, teniendo en cuenta que
el ascenso de Cabo a Sargento es de los más delic-
dos, especialmente en este Instituto, sin perjuicio
que los veteranos han sufrido rigurosos exámenes
para llegar al puesto que ocupan y no obligarles
ahora a combatir con armas tan desiguales, y en el
momento que éstos ven en la actualidad un rayo
de luz en la vida militar para el porvenir y bien-
estar de su familia.

Por esto, repito, vuelva la vista el señor Teniente
D. Emilio Alvarez a estos extremos, ya que todo el
mundo aprovecha la ocasión para pasar por encima
de ellos, despreciando sus años de fatigas, porque
con el giro que va tomando esta dichosa Academia,
seguramente no ha de presentarse en ella la quinta
parte de los Sargentos, por lo muy costoso que les
resulta y materias que se les exige, imposible de
aprenderlas por su avanzada edad; y resultando de
ello muchas componendas, nos quedamos nosotros
a la luna de Valencia; ayúdenos dicho señor con su
influencia y alto criterio a que no se cause el me-
nor perjuicio a los cabos veteranos, y le seremos
todos deudores para sacrificar nuestras vidas, si ne-
cesario fuese, en apoyo de la suya, recordando la
situación en que quedarían los desgraciados vete-
ranos si se les cierran las puertas para lograr el re-
tiro otorgado a los Sargentos; y téngase presente
que los Cabos veteranos forman parte de la raíz
principal del árbol de la Institución del Cuerpo; y
si a esta parte de raíz, fuerte, sana y robusta, se le
propaga la filoxera, es fácil que el corpulento ár-
bol no resista la enfermedad, o cuando menos, el
buen médico se verá impotente para curarla.

Por lo tocante a los Sargentos del Ejército, de
ninguna manera deben entrar en el Cuerpo, no creo
que existe la necesidad para ello; estudien éstos en
buena hora en sus respectivos Regimientos, y acuan-
dan a la Academia si tienen derecho, y que los Ca-
bos del Cuerpo ocupen cada uno el puesto que les
corresponde por su antigüedad; de este modo que-
dará bien cicatrizada la llaga, en el caso de que se
tratase de abrirla, para el bien de las clases en ge-
neral; teniendo la convicción que alcanzo la mayo-
ría de votos en este asunto, si fuese fácil, averi-
guarlo; por lo tanto, acudo a mis compañeros vete-
ranos, y todos en general si alguno quiere manifi-
star su opinión!

En espera, señor Director, de que se digne inser-
tar en las columnas de su ilustrado periódico esta

mal trazada carta, corrigiendo los defectos que
tenga. agradeceré se ofrezca de usted afectísimo
s. s. q. b. s. m.,

Un Cabo veterano,
PEDRO CLARÁ CARRERAS

Armamento para la Caballería

La especialidad del servicio que se presta por los
individuos de Caballería del Instituto, hace nece-
sario que éstos se hallen dotados de armas que res-
pondan a las necesidades de aquel.

La tercerola Winchester llenaría el objeto indi-
cado si los Guardias tuvieran que batirse como los
soldados de Caballería del Ejército, pie a tierra,
puesto que el actual reglamento táctico proscrib-
e, en absoluto, los fuegos a caballo; y si los pri-
meros tienen que usar alguna vez su arma en todos
los casos, puede decirse que ha de ser hallándose
montados, en ocasiones muy urgentes y de impres-
cindible necesidad el hacer fuego con gran precipi-
tación.

Citaré un ejemplo: la fuga de un preso durante
una conducción. El modo con que lleva colocada la
tercerola en su montura imposibilita al Guardia el
hacer uso de ella con rapidez. Ocho son los tiempos
del «enganchen» a caballo, y aunque en casos así se
prescindan de ellos, mientras el individuo desabro-
cha el latiguillo del portacarabina, desenrolla
éste, la saca del portamosquetón, coje el gancho
de la bandolera y engancha, abre la llave de segu-
ridad, abre y cierra la palanca guardamonte (supo-
niendo que lleve el arma cargada) y revuelve el ca-
ballo para poder disparar, ¿dónde está ya el preso?
Dejemos aparte el caso favorable en que el preso, lo
que no es probable, elija para fugarse un terreno
en que pueda ser perseguido fácilmente a caballo, y
el más desfavorable en que el Guardia monte un
caballo inquieto o asustadizo, en cuyo caso tiene
que estar sujetando al animal e imposibilitada la
mano izquierda, que no puede abandonar las
riendas.

Cuando hay motines, manifestaciones, etc., don-
de la Caballería maniobra reunida, sabido está que
se hace más uso del sable que de la tercerola, y en
cuanto al servicio que se hace en los puestos pie a
tierra, muchísimas veces es conveniente que los in-
dividuos vayan en traje de paseo para no llamar la
atención y no han de llevar el sable por toda arma.

Creo, pues, de imprescindible necesidad el que los
Guardias estén dotados de un buen revolver Smith, de
largo alcance, que podría llevarse cuando pres-
ten servicio a caballo, no en la bolsa cañonera de-
recha, como está prevenido, sino en la cartera del
mismo lado que va sobrepueta en la funda del ca-
pote, sobresaliendo la culata del arma lo suficiente
para poder ser sacada con prontitud, pudiendo para
evitar el deterioro de dicha funda por el peso y roce
forrarse la cartera de gamuza o badana, hoy que va
a reconstruirse dicha prenda por la adopción de la
nueva montura.

Con ello, en el caso de la fuga de un preso, el
Guardia podría disparar sobre aquel casi en el acto,

sin necesidad de revolver el caballo, puesto que en
la posición en que se encuentre podrá hacer fuego a
todos lados.

Quizá se objete que, tanto en este como en otros
casos, pueden los Guardias llevar la tercerola col-
gada de la bandolera, o a la espalda; pero la prime-
ra posición es molesta por el mayor peso de la cara-
bina Winchester, lo que dificultaría la libre respi-
ración del individuo, además de gravitar toda sobre
el hombro izquierdo, más el consiguiente deterioro
del arma en la baqueta y anillas; y la segunda, im-
posible en el invierno y días lluviosos en que los
Guardias llevan puestos los capotes.

No es mi ánimo demostrar la inutilidad de la ter-
cerola para la caballería del Instituto, pero sí el
que tiene muy escasa aplicación, mientras la tiene,
y muy grande el revolver en todas ocasiones.

En cambio, adaptándole un sable o machete-ba-
yoneta adecuado para que puedan llevarlo en traje
de paseo, creo el Winchester un armamento inme-
jorable para la infantería del Cuerpo.

JOSÉ MARTÍNEZ ARIÑO,
Teniente de la Guardia Civil.

ESPAÑA

(A RICARDO VINUESA)

¡Oh, España! ¡Oh, noble España! ¡Oh, patria mía!
¡Cuando eras reina ayer, como hoy esclava,
ni nadie donde tú la frente alzaba,
ni el sol en tus dominios se ponía!

¡Hoy te despreciará quien algún día
la sombra de tus triunfos imploraba!
Ten esperanza: cuando el mal acaba,
renacen la salud y la alegría.

Yo, entretanto, al mirar tu decadencia,
aún te idolatro con mayor vehemencia
que si te hallaras rica y poderosa.

¡Que una madre ha de ser más adorada
cuando se la ve pobre y desgraciada,
baja la frente y con la faz llorosa!

Ricardo J. CATARINEU. (1)

Información de "EL HERALDO"

Según nuestros cálculos de movimiento de perso-
nal, ascenderán en el presente mes:

A Capitanes, los primeros Tenientes: D. José del
Río Bandera y D. Emilio Martínez Rodríguez.

Se coloca en activo el Capitán D. Leonardo Polo
Fernández.

A primeros Tenientes, los segundos: D. Celestino
Durán Blázquez y D. Francisco González Camacho.

Se coloca en activo el primer Teniente D. Fede-
rico Valdés Díaz.

Ingresarán tres segundos Tenientes de escala ac-
tiva.

(1) De la hermosa obra *Giraldillas*, que acaba de publicar
nuestro querido amigo, muestra gallarda de inspiración fecunda
y brillante.

Para pasar el rato

JEROGLIFICO.



SOLUCIÓN A NUESTRA CHARADA DEL NÚMERO
ANTERIOR

NEGOCIADO

Ha remitido la solución D. Vicente Núñez
García.

NUESTRO CONSULTORIO

Caldas de Malabella.—J. R. M.—1.ª El núme-
ro 23, 2.ª El núm. 5, 3.ª 76 aspirantes, 4.ª En Lugo
no exista, 5.ª Si, señor, 6.ª No, señor; porque para
eso él debe ponerlas por orden, 7.ª Si, señor, 8.ª
Veremos el asunto.

Tamarite.—S. A. M.—1.ª Si, señor, 2.ª Mil pe-
setas, 3.ª Es primero el núm. 2, aunque estas pre-
guntas no pueden contestarse concretamente, por-
que pende muchas veces de la forma en que el ser-
vicio se preste.

Artesa de Segre.—M. S.—1.ª El núm. 86.

Aguilar.—F. Y. S.—1.ª No figurando en listas
no puede usted solicitar el pase, 2.ª Se colocan por
antigüedad en el Cuerpo, 3.ª Si, señor, puesto que
obran con completa independencia.

Arboleda.—B. M. C.—1.ª Hecha la suscripción
y se agradece su atención, 2.ª 41 aspirantes, 3.ª No
figura, 4.ª Zacarías Royero, en la Comandancia de
León, puesto de la capital, 5.ª Preciso usted el se-
gundo apellido de Casimiro Alvarez, pues con este
nombre y apellido existen muchos.

Rascacielos.—L. G. M.—1.ª Publicada, 2.ª No
figura.

Navata.—J. P. F.—1.ª Figura usted ya con el
núm. 17, 2.ª 18, 3.ª La mitad.

Villafranca del Panadés.—M. S. P.—1.ª Va-
cante ninguna y aspirantes 36, 2.ª Cinco vacantes
y un aspirante.

Olvera.—A. L. A.—1.ª Hecho el traslado, 2.ª
Si los permutó por la cruz, no le sirven para nada.

Sarriena.—P. C. S.—Servido lo que interesa, 2.ª
Si, señor.

Belvez de Cinea.—M. B. P.—1.ª No, señor; tie-
ne que sujetarse a la circular que usted cita, 2.ª No,
señor; hay 22 supernumerarios.

las enjundias y con ellas brufía por den-
tro un orinal nuevo, y después las deja-
ba en el fondo.

En seguida iba examinando muy cui-
dadosamente a la luz los huevos, hasta
encontrar uno que estuviera engallado,
el cual estrechaba dentro del orinal sobre
las enjundias.

Entonces pedía la prenda del galán,
calzas, jubón, o lo que fuese, y la ponía
en el suelo y sobre ella colocaba el
orinal, que dejaba tapado allí por un rato.

Hechas estas operaciones, ataba con
una cinta de seda nueva al gallo de una
pata y al cuervo de otra, y sacando las
ensangrentadas crestas de las gallinas,
las despedazaba y se las repartía en dos
porciones iguales, poniéndose a conside-
rar muy atentamente cómo se las comían
el cuervo y el gallo.

La bohemia, en tales casos, fijaba sus
agüeros, teniendo en cuenta cuál de las
dos aves devoraba primero su pitanza,
así como también si ambas reñían, y cuál
de las dos quedaba victoriosa.

Todas estas indicaciones se confirma-
ban o perdían fuerza con arreglo a lo que
después suponían ver en las enjundias,
en la clara y yema del huevo depositado
en el orinal, en donde a su gusto solía
demostrar la gitana a la dueña que su
amante estaba abrazado con otra que te-
nia éstas o aquellas señas y hasta el co-
lor de su vestidura, o bien por el con-
trario, le hacía ver, tan claro como la
clara del huevo, que su galán huía des-
fogado y enojado de su aborrecida com-
petidora.

Si además el cuervo pronunciaba o por-
tunamente una palabra alusiva al caso,
que siempre era en el sentido que más a
la bruja le placía, porque de antemano le
tenía ensayado para las tales ceremo-
nias, entonces la predicción adquiría
todos los grados posibles de certidumbre
y evidencia.

A las doncellas enamoradas les echa-
ban las cartas, anunciándoles buenas o
malas nuevas de sus galanes, según a
las bohemias convenía para sostener vivo
el interés de aquellas consultas; ya les
anunciaban el pronto regreso de Italia o
Flandes de los favorecidos amantes, lle-
nos de mercedes y honores, y que al pun-
to les pedirían por esposas a sus padres;
ya pronosticaban a otras que amaban y
sufrían en silencio, que muy luego los
galanes que no habían reparado en la

pasión que inspiraban habían de presen-
tarseles rendidos y afectuosos; ya les
daban polvos, amuletos, cédulas, nómi-
nas y otros talismanes por el estilo para
atraer cuanto antes a la gamella matri-
monial a los novicios, con quienes todas
las noches departían por rejas y postigos;
en una palabra, las gitanas, con arreglo
a tiempos, casos, lugares y personas, sa-
bían predecir con inimitable tino a cada
una lo que más pudiese acomodarse a su
fin cínico, que era el de recabar perma-
nente y buena colecta.

A las que por su edad demasiado juve-
nil estaban desamorasadas, llamábanlas
pimpollos, y con alimbaradas frases elo-
giaban su gentileza y les decían la bue-
naventura, asegurándoles que si llega-
ban a ser monjas mandarían el convento,
porque tenían en las manos muchas ra-
yas infalibles de abadesas; pero que de
venir a ser casadas, lo serían con un
príncipe, o por lo menos con un duque,
y a turbio correr, si se descubían, no fal-
taría algún viejo señor de vasallos que
les diese su mano y las mimase, y a mal
andar, si los años pasaban en desvanec-
os, siempre habría algún vincenlista o ca-
pitán de caballos que, muy ufano y satis-
fecho, rendirían la cerviz al yugo.

Para las damas estériles tenían infini-
tos recursos de filtros, bizmas, pegotes,
y, sobre todo, la raíz del buen varón, de
infalible virtud para promover la fecun-
didad, y estas señoras, como las encela-
das, eran para las bohemias otra mina
inagotable que ellas sabían explotar a las
mil maravillas.

Si por acaso aquellos remedios falta-
nan, las bohemias no se veían atajadas
nunca; pues entonces, con rostro conpun-
gido y mirándoles las rayas de las ma-
nos, decíanles que el remedio sería tar-
dio y doloroso; pero que a la postre ven-
dría, supuesto que, según señales eviden-
tes, debían enviudar una vez ó dos, y que
en los nuevos matrimonios tendrían hijos
a porrillo.

Dejo al buen juicio del lector las pro-
fundas y horribles perturbaciones é
inquietudes que semejantes pronósticos
producían en la intimidad de la con-
ciencia, en los más recónditos senos del
amor conyugal, y en el porvenir y sosie-
go de las familias.

Las bohemias ejercían las indicadas
artes, no solo con las principales damas,
sino también con las mujeres del pueblo,

bieren menester y no vaguen juntos por
los reinos; ó que 1.º cabo de sesenta
días salgan de España, so pena de cien
azotes y destierro perpetuo la primera
vez, y de que los corten las orejas y los
tornen a desterrar la segunda vez que
fueren hallados.

Las mismas disposiciones en sustancia
se adoptan por el Emperador Carlos V,
renovando la pragmática de sus abuelos
y ordenando que a la tercera vez que
reincidieren, sean cautivos por toda su
vida de los que los tomen.

Felipe II, en 1586, ordenó también
que los gitanos no anden vagabundos,
sino que vivan de estancia con oficios ó
asiento, y se ponga esto por capítulo de
corregidores; y que igualmente ninguno
de ellos pueda vender cosa alguna, así
en ferias como fuera de ellas, si no fuera
con testimonio signado de escribano pú-
blico, por el cual conste su vecindad y el
lugar donde viven de asiento, y las ca-
balgaduras, ganado, ropa y demás efec-
tos que del tal lugar salieren a vender,
bajo pena de que, lo que en otra forma
vendieren, sea habido por de hurto, y
ellos castigados como si real y verdaderamente
constase haberlo hurtado.

Felipe III, en 1619, ordena que salgan
los gitanos de España dentro del término
de seis meses, bajo pena de muerte; y que
los que quisieren quedarse en el reino,
se avecindasen en ciudades, villas ó lu-
gares de mil vecinos arriba, sin que pue-
dan usar del traje, nombre y lengua de
gitanos.

Felipe IV, en 1633, reproduce la ley
precedente determinando el modo y for-
ma que en su ejecución ha de guardarse,
y facultando además a cualquiera que los
aprehendiese vagando por los caminos
para que los hiciese sus esclavos.

Parece increíble que esta desventura-
da raza haya podido resistir a tan pro-
longada y tenaz persecución; y la histo-
ria de las precedentes disposiciones le-
gales es la prueba más evidente y peren-
toria de que no basta que el poder man-
de ni el legislador prescriba, sino que es
necesario tener en cuenta otras impor-
tantísimas consideraciones respecto a la
condicionalidad social, para que lo pre-
ceptuado se cumpla y obtenga los fines
propuestos.

Ahora bien; las mismas leyes que or-
denaban que los gitanos tomasen asiento
en los lugares y sirviesen a señores que

les suministrasen lo que *hubieren menes-
ter*, crearon precisamente el protectorado
que había de impedir los efectos de la
legislación misma y salvar a la vez a los
proscriptos.

En efecto, el padrinazgo de los señores
comenzó en el sentido religioso por sacar
de pila a los hijos de sus patrocinados,
dándoles sus mismos apellidos, y sólo
así se explica el que muchas familias gi-
tanas lleven los de Cortés, Mendoza, Fer-
nández de Córdoba, Heredia, Silva, Mi-
randa, Montalvo y otros de las familias
más ilustres de Castilla.

Fácilmente se comprende que el padri-
nazgo religioso se convirtiese, desde lue-
go, en padrinazgo social, y que la hidal-
guía española y la caridad cristiana de
consuno impulsasen aun a los más ilus-
tres y virtuosos caballeros a declararse
protectores de sus ahijados y compadres,
socorriéndolos en todas sus cuitas é in-
terponiendo su poderoso valimiento para
libertarlos del castigo de sus fechorías.

Y, he aquí, sin duda, el origen de ese
padrinazgo que en sentido más lato es
tan común en España, y más particu-
larmente en Andalucía, donde las personas
más poderosas y acandiladas hacen os-
tentoso alarde y cifran su punto de honor
en favorecer con todo en influjo a sus
allegados, por más que éstos sean gran-
des bribones y famosos malhechores.

Resulta, pues, que la ferocidad de
aquella persecución contra los gitanos,
fué templada por aquellos mismos seño-
res que las leyes les designaban como
patrones, los cuales se consagraron a su
defensa, ya por sentimientos caballeres-
cos, ya por soberbia ostentación de po-
derio, ya también por los generosos im-
pulsos de la compasión y de la caridad,
que inspiran a las almas nobles los gran-
des infortunios de los débiles, oprimidos
por los fuertes.

Carlos II reprodujo en 1692 y en 1695
las mismas feroces leyes de sus antepa-
sados, y prohibe a los gitanos toda clase
de ocupaciones para ganarse el sustento,
á excepción del oficio de labrar la tierra;
y precisamente en estas ordenanzas se
confirman de una manera indubitable
mis precedentes apreciaciones respecto
al padrinazgo, supuesto que allí se esta-
blecen las más severas penas contra las
personas de todas categorías y condicio-
nes, así nobles como del común, á cuyo
favor, protección y ayuda se dice que se

Alcázar de San Juan.—M. L. G.—1.ª Si lleva su padre más de seis años en el Cuerpo tiene derecho. 2.ª El nú. 14. 3.ª No figura.

Castelló de Farfana.—J. P. M.—1.ª Los alcan- ces que usted cita tiene que reclamarlos a la Comi- sión Liquidadora, establecida en Aranjuez.

Tuixent.—C. S. M.—1.ª 32. 2.ª El 16. 3.ª El 9.669. 4.ª Si, señor. 5.ª El 9.690. 6.ª Remitido lo que interesa.

Canche.—J. S. M.—1.ª Servido lo que interesa. 2.ª Si son hijos de veteranos, sí, señor.

Aldea del Fresno.—J. Q. C.—1.ª Sargento, 43 pesos; Cabos, 24 pesos 78 centavos; Guardias prime- ros, 23,33, y segundos y cornetas, 22,73. 2.ª Si, se- ñor. 3.ª Que es doble que el sencillo, más la mitad. 4.ª El primer Teniente, D. Santiago Ruiz, en la Co- mandancia de Vuelta de Abajo, línea de las Pozas, y el Sargento Miguel en la misma Comandancia, puesto de Don Diego Baños.

Hijar.—V. P. N.—1.ª Siempre es de necesidad la licencia de caza; pero aunque se hallen provistos de ella, no pueden cazar en todos los sitios, según dice la ley, á menos que tengan los demás requisitos pre- venidos.

Millares.—L. G. A.—1.ª Si, señor. 2.ª Estaba ya hecho el traslado, y la prueba de ello es que la faja que usted nos remite está enmendada precisamente por esta Administración.

San Andrés de Palomar.—J. G. S.—1.ª No se-

ñor, no pierde la antigüedad, deduciéndole como es consiguiente, el tiempo que esté licenciado. 2.ª El nú. 1. 3.ª Por reglamento el individuo, pero no hay inconveniente en que lo haga otra persona.

Castro Urdiales.—L. C. C.—1.ª Si, señor. 2.ª Si, señor. 3.ª El nú. 21. 4.ª Oficialmente no hay nada. 5.ª Si, señor. 6.ª En Villalba del Alcor (Huelva).

San Vicente de la Barquera.—C. T. J.—1.ª No ha tenido entrada. 2.ª Si, señor. 3.ª Aún no figura. 4.ª No, señor. 5.ª Ha estado usted acerta- disimo.

Lillo.—J. F. F.—1.ª No, señor. 2.ª El 11.627. 3.ª Si, señor. 4.ª En el caso que usted cita, basta con hacerlo directamente al Comandante del puesto. 5.ª Existe *El Juez de Instrucción militar*, del Co- mandante de Infantería D. Bartolomé Vega; si lo desea se le remitirá.

Espluga de Francolí.—T. C. F.—1.ª Servido lo que interesa. 2.ª Para Coruña. 3.ª 18. 4.ª No figura usted en la relación, por lo que procede dirija nue- va instancia a la Dirección para que se le coloque en el lugar correspondiente.

Puerto de Santa María.—J. G. G.—1.ª La ins- tancia del aspirante Juan Sánchez se devolvió en 21 de Febrero último para que lo solicite por con- ducto de sus Jefes.

ESTOMAGO

Los **Estomacales Maitre y Robin** regularizan las digestiones per- turbadas y perezoas, hacen desaparecer la pesadez que sigue á las comidas, así como también sus flatuosidades, eructos y las alternativas de estreñimiento y diarrea. Aq. ellos enfermos del estómago, preocupados en su ánimo por el padecimiento digestivo, curarán prontamente y verán cambiar su carácter. La depresión de ánimo consiguiente á tristezas imotivadas, el mal humor constante, la misan- tropía de todas las horas, el genio irritable y la hipocondría consiguiente, desapa-

recen á medida que gana terreno la curación á beneficio de los Estomacales del **Instituto Audet**. Se venden á 3 ó 4 pesetas en las boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Capellanes, 1, Madrid.

Tisis

y catarros crónicos, por antiguos y rebeldes que sean: curación con las célebres **Píldoras Antisépticas del doctor Audet**. Calman la tos, dismi- nuyen la expectoración, quitan la fatiga y dan ganas de comer; 10 pesetas en las boticas, Hortaleza, núm. 110, y M. García, Consultas; Doctor Audet, Alcalá, 72.

Reuma y gota

Para acallar el dolor en pocas horas tómese las **Píldoras Antirreu- máticas Audet**. Para prevenir nuevos ataques, alejarlos y curar la diatesis reumática, debe emplearse el **Antirreumático Reyser**; resultados siem- pre admirables.

Precio: 10 y 4 pesetas en las boticas, Hortaleza, 110 y M. García, Ma- drid.

Fábrica de impermeables

EN BARCELONA

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Barcelona, calle de Fernando, número 23

Especialidad en los de forma reglamentaria para los se- ñores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil** y demás Cuerpos del Ejército.

Empleamos el mejor tejido, de color invariable negro firme, siendo flexible é impermeable garantizado. Capotes de buen corte, engomados y cosidos al mismo tiempo. Fa- cilidades para el pago. Pídanse circulares y muestras.



SASTRERÍA MILITAR

DE

Francisco Juan Vidal

25, SAN MIGUEL, 25, MADRID

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros.

Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

ADVERTENCIA

Las horas de despacho en nuestra Ad- ministración, son de 9 á 11 mañana, y de 7 á 9 tarde.

Para la marcha regular del periódico, hemos acordado advertir á nuestros sus- criptores que, los avisos dándose de baja, los han de remitir antes del día 20 de cada mes.

Un Matrimonio por Amor

Novela original de DON FRANCISCO MARTIN ARRUE

Precio: DOS pesetas.

A los suscriptores de EL HERALDO DE LA GUAR- DIA CIVIL, el 25 por 100 de rebaja haciendo los pe- didos á esta Administración.

SOCIEDAD ARTÍSTICO-FOTOGRAFICA

DIRECTOR Y PROPIETARIO

UN CAPITAN DE ARTILLERIA

Fotógrafos alemanes é ingleses.

Retratos. Los más elegantes y económicos (véa- se tarifa).

Príncipe, 22, Madrid.

Recomendamos á nuestros lectores el acredi- tado Gabinete dental de nuestro amigo el Doc- tor Luna, en el cual se ejecutan todas las ope- raciones de la boca y se administran eficaces é inofensivos anestésicos locales para hacer las operaciones sin dolor. Al propio tiempo se dedi- ca, especialmente, á la construcción de aparatos y dentaduras artificiales, á precios sumamente económicos. Dirigirse á la calle de Silva, núme- ro 8, principal izquierda, Madrid.

MIGUEL ROMERO, IMPRESOR, TUDESCOS, 34.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

HIJOS DE ANTONIO GIL

PRIM, 11, Y VITORIA, 5

BURGOS

SUCURSAL

29, Fuencarral, 29

MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Di- plomáticos.

SASTRERIA MILITAR

E

VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

2, Travesía de Trujillos, 2.—Madrid.

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos.

Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

26 BIBLIOTECA DE «EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL»

debe la permanencia de los gitanos en España.

Felipe V en 1726 desterró de la corte á las gitanas que acudían á reclamar en favor de sus esposos, hijos y padres per- seguidos ó presos; y en 1745 ordenó que todos los gitanos que se hallaren fuera de sus domicilios, tornasen á sus casas es el término de quince días, y que de no verificarlo así, se les obligase por medio de la fuerza armada, llevando su crueldad hasta el extremo de prescribir que se les hiciese fuego aun dentro de los asilos ó lugares sagrados, si á ellos se refugiaren.

Tal fué el espíritu de la legislación contra esta infortunada raza, hasta que bajo la inspiración de las ideas liberales y humanitarias del último tercio del siglo XVIII, el gran Carlos III pro- mulgó en 1783 su discreta, sabia y gene- rosa pragmática respecto á los gitanos, y cuyo carácter es diametralmente opues- to alsentido y tendencia de las leyes que durante tres siglos habían preva- lecido en España.

En efecto, según dicha pragmática ya no se considera á los gitanos como una raza maldita; ya no se les prohíbe ocuparse en todos los trabajos permitidos al resto de los españoles; ya se les juzga como súbditos iguales á los demás, y sólo se les exige que no lleven vestidos es- peciales, que no hiciesen público alarde de su dialecto, y se les recomienda que sean honrados en sus tratos y se sujeten, en cuanto les sea posible, al común y ho- nesto vivir de las gentes.

Lejos de imponer penas á los corri- dores, alcaldes, alguaciles y demás mi- nistros de justicia que mediante cohecho prestaban auxilio á los gitanos, atenuan- do el rigor de las leyes ó disimulando sus latrocinios, la pragmática de Car- los III, por el contrario, imponía severas penas contra todos los que pusieren di- ficultades para que los gitanos ejerciesen sus oficios y entrasen en sus respectivos gremios.

Esta sola disposición legal contribuyó más en brevísimo tiempo á la moraliza- ción de los gitanos, que todos cuantos medios absurdos y violentos se habían empleado por el mismo fin por espacio de siglos.

Tan cierto es que la legislación inde- pendiente y aparte del carácter particular de razas é individuos, puede suministrar por sí misma condiciones en

extremo favorables ó adversas para el desarrollo moral de los hombres y de las naciones.

Ciertamente los gitanos, por su vida nómada, por sus instintos, hábitos, cos- tumbres y por su misma condición so- cial, no ya de párias, sino de zingaros, que como he dicho eran inferiores aun á aquellos á cuya circunstancia debe aña- dirse el desvalimiento propio de extran- jeros, se hallaban en la situación más desfavorable para vivir con regularidad y honradez; pero es necesario reconocer que la legislación, lejos de contrariar sus funestísimas tendencias y naturales ins- tintos, vino solo á favorecer su desarro- llo y manifestaciones con inevitable energía, colocándonos, por decirlo así, fuera de la sociedad y en un estado per- manente de guerra contra ellos.

Pero los gitanos, en su desventurada condición, además de los ya mencionados padrinos, encontraron también otro gé- nero de protección más íntima y oculta, mas no por eso menos eficaz y constante. Me refiero á las opulentas damas de Castilla, que no se desdaban de recibir con frecuencia en el retiro de su cámara á las gitanas para consultarles las recónditas penas de sus celos, y los medios de atraer nuevamente á su hogar y antigua ternura á sus maridos extraviados.

También las pudorosas doncellas, con gran recato y misterio, cuando se halla- ban heridas del mal de amores, las con- sultaban en secreto, á fin de que les dije- sen la buena ventura y les aconsejasen el modo y forma de mantener fieles á los amantes ausentes ó tornadizos.

Las gitanas proveían á todas estas exigencias muy á gusto y contentamien- to de sus protectoras, porque, dotadas de sutilísimo genio, penetraban al instante ó averiguaban de antemano todo cuanto les convenia saber para dar las respues- tas más oportunas, satisfactorias y sor- prendentes á las damas y doncellas que consultaban su arte mágica de adivinar el porvenir con sus hechicerías y embe- lecos.

Diversos y por demás peregrinos eran los procedimientos que usaban las astu- tas y sacalliferas gitanas para correspon- der á las diferentes pretensiones de celo- sas, enamoradas y estériles.

Á las esposas desazonadas con sus ma- ridos les pedían primero un barreño, cuanto más grande mejor, luego el aceite

bastante para llenarlo, después un espe- jo, dos velas de sebo verde, unas tijeras nuevas, y la gitana se hacía cargo de po- ner otro artículo más que se necesitaba para la investigación exida, el cual era un enorme murciélago.

La sibila llenaba un barreño de aceite, colocaba en el fondo el espejo, clavaba las tijeras abiertas en el suelo, atando de una pata al avechuchó con un bramante y sujetándole por el otro extremo á una de las anillas de las tijeras, y al punto de la media noche encendía las velas, que colocaba á los lados del barreño.

Entonces presentábase la interesada, á la cual le hacían ver á su marido en el espejo con disposiciones de enmendarse ó no, según le acomodaba á la gitana, la cual deducía principalmente sus augu- rios de la conducta, por decirlo así, que observase el murciélago, pues si éste, acosado por la bruja, levantaba el vuelo y caía en el barreño, significaba que el ma- rido no retrocedería en sus clandestinos y culpables amores.

En cambio era muy buena señal que el avechuchó cayese en tierra; pero todavía era un signo de más favorable agüero el que arrancase las tijeras y no se zambu- llera en el aceite, porque esto demostra- ba con clarísima evidencia que la crimi- nal pasión del esposo llegaría al fin y al cabo á desarraigarse de su pecho.

Excusado parece decir que la única realidad efectiva y tangible que de todo esto resultaba, era el quedarse la gitana con el aceite y demás efectos, amen de algunas monedas que la celosa dama le ponía en la mano.

Estas enclaustradas y malcontentas seño- ras constituían la verdadera mina de las gitanas expertas y viejas, las cua- les con mil sutiles y á veces graciosísi- mas invenciones, alimentaban el fuego y las esperanzas de los celos y del amor de aquellas damas doloridas, á quienes al- ternativamente les hacían creer que sus maridos ó amantes ya las dejaban por otras, ó que ya desengañados volvíanse de nuevo á regozajarse de sus primitivos amores.

Con estos y otros embustes la clien- tela no se alejaba, y las bohemias hacían muy bonitamente su agosto.

Además de la industria ya dicha, de cosechar aceite sin tener olivares, usaban otras infinitas, que sería prolijo enumera- r, para entretener á las afligidas y pro- longar ellas por su parte la sonsaca.

ORÍGENES DEL BANDOLERISMO

27

En efecto, á las dueñas quintañonas que estaban enamoradas de mancebitos retrecheros ó de bigotudos galanes, tan gentiles como zahareños, les exigían de primera intención alguna moneda de oro para comprar plomo, carbón y otros me- nesteres á fin de hacer el milagro de la averiguación que se reclamaba.

Enseguida encendían muy buena lum- bre, derretían el plomo en un cazoillo de hierro, y cerrando la estancia por den- tro, mandaban desnudar á la dueña, y echaban en tierra el plomo ya liquidado, mientras que la interesada, de aquella guisa y manera, se ponía á mirarlo con grande atención y detenimiento, imagi- nándose ver en el hirviente metal mara- villas.

La celosa nada veía; pero la bruja por cincuenta mil razones que allí le alegaba respecto á la figura, brillo y detalles del inerte plomo, sacaba en limpio que el amante andaba distraído; mas que no podía saberse todavía si era por causa de mujer ó de algún otro negocio, y que por lo tanto, eran necesarias otras pre- venciones y remitir el sortilegio á otro día.

Preguntaba la incauta dueña las pre- venciones que se necesitaban, á lo cual respondía la bohemia con irresistible labia, que hacía falta para la obra, como el agua de Mayo, un ansaron, no importa- ba el color, con tal que estuviese muy gordo y tuviera muy buenas enjundias, media docena de gallinas negras bien criadas, un gallo blanco, que precisa- mente había de tener un año, un cuervo ya enseñado á hablar y trece huevos que fuesen frescos del mismo día; pero que en cuanto al cuervo, que era lo más di- fícil de encontrar, ella conocía á quien pudiera facilitar uno muy bueno y muy bien enseñado, el cual lo alquilaría con mucho empeño y secreto nada más que por un doblón.

Después de toda esta retaila, cuyo verdadero objeto fácilmente comprenderá el lector, la bruja exigía una prenda del amante ó esposo esquivo.

Con religiosa puntualidad tornaba la dueña el día prefijado, después de haber remitido todas las cosas reclamadas.

La bohemia cortaba inmediatamente las crestas de las gallinas, que iban echando en una escudilla, y allí las guar- daba bien tapadas con una cobertera.

Luego mataban el ansaron, le sacaba